

AUNQUE MAL CORRESPONDIDO,

EL AMOR SIEMPRE ES AMOR.*(A la señorita doña Celedonia Jeli.)*

I.

VANAS PROMESAS.

Era una tarde de mayo
fresca por demas y umbria,
y en occidente se undia
del sol el último rayo.

Con sus gorjeos suaves,
que embargaban los oídos,
antes de entrar en los nidos
despedíanle las aves.

De las eras á sus chozas,
tregua dando á sus labores,
volvian los labradores,
viejos, muchachas, y mozas.

Corrió la noche su velo
al reposo convidando,
con ansias mil aumentando
del avariento el desvelo.

Bella al par que majestuosa
su faz descubrió la luna,
al criminal importuna,
si al piloto deliciosa.

Pardas sombras se veían
producidas por las peñas,
que á haberlas visto las dueñas
fantasmas las juzgarian.

Y aun los mozos y rapaces,
y los fanáticos viejos
las juzgarian perplejos,
apariciones veraces.

Porque el miedo y la ignorancia,
que siempre juntos están,

vestiglos ven por do van,
aunque siempre á gran distancia.

Protejido por el sueño
grato silencio reinaba,
y durmiendo se igualaba
el esclavo con su dueño.

El silencio interrumpia
de cuando en cuando, al pasar,
el fatídico graznar
del buho que no dormia.

A una legua de Leon,
antigua corte de España,
existia una cabaña
de la ventura mansion.

Allí la paz, la llaneza,
el pundonor, la hidalguia,
en estrecha compañía
moraban con la belleza.

Un noble viejo, una anciana,
venerables; un zagal,
y de rostro anjelical
tierna doncella, su hermana,

Una familia dichosa
formaban, cuyo contento
de su dicha era ornamento,
como del prado la rosa.

Que donde moran la paz,
el amor y la virtud,
tarde llega la inquietud
á interrumpir el solaz.

Padres la anciana y el viejo
eran del mozo y la bella,
y se miraban en ella
los tres como en un espejo.

Bastaba lo que tenían
para vivir con decencia,
y aun á la triste indijencia
á menudo socorrian.—

La luna con brillo escaso,
pues la noche era avanzada,
de blancas nubes velada,
descendía ácia su ocaso.

El hijo de las tinieblas
con más influjo convida
á la calma apetecida,
oculto entre densas nieblas.

Que huye del día el reposo
como el diablo de la cruz;
y enemigo de la luz
la oscuridad busca ansioso.

La doncella, y el garzon,
y los dos viejos rezaron
el rosario, y se acostaron
alegres á la sazón.

Mas la suerte siempre vária
como instables son los vientos,
zelosa de sus contentos,
muy presto les fué contraria.

Ya el reposo de la noche
en afán se convirtió,
y ya, como siempre escelso,
fulmina su luz el sol.
Los mortales otra vez
tornan á la ajitación; . . .
y unos vienen, y otros van
del interés siempre en pos.
Hablan, disputan, reniegan,
juran, y gritan, rumor
y estruendo infernal formando
en tropel y confusión.

Unos al trabajo vuelven
con más eficaz ardor;
otros que del pueblo viven,
á su vana ostentación,
á las maldades é intrigas,
á que tregua el sueño dió.

Y las damas á engreirse
con las frases que inventó
para vencer su decoro
la pérfida adulación.
Y los apuestos galanes
á protestarlas amor,
para olvidarlas despues
sin motivo, ó con razón.
Y los viejos á narrar,
sin fuerzas ya y sin vigor,
los momentos de venturas
que el tiempo les usurpó
con su juventud, que envuelta
entre la nada quedó.
Y ya caducos, recuerdan,
sus deslices con rubor,
sus hazañas con orgullo,
sus glorias sin ambición,
sus amores con desden,
con jactancia su valor,
y los servicios que hicieron
con gozo y satisfacción.

Y mientras que desalados
se entregan á la sazón
á los placeres los más,
los menos al patrio amor,
cubriéndose éstos de gloria,
si los otros de baldón;
y mientras canta el dichoso,
se rinde el triste al dolor,
se lamentan los ancianos,
se entroniza á la traición,
al malvado se respeta,
las damas finjen candor,
las juran fe los galanes,
héroe se nombra el matón,
los muchachos se divierten,
y anhela la luz del sol
el que en oscura mazmorra

dicha y libertad perdió;
 una doncella, distante
 del albergue do nació,
 sola, al márjen de una fuente
 sentada, con dulce voz
 cantando está, y con su canto
 da pábulo á su ilusion.

Fuente, tú, que serena
 hoy te deslizas,
 sin curarte de mi pena,
 sobre la menuda arena;
 si me hechizas,
 fuente clara,
 ¿por qué, avara,
 no me inspiras
 el amor que tú respiras.

Avecillas, que estais
 ledas de amores,
 y el néctar de amor gozais,
 puesto que envidia me dais,
 mis dolores,
 mis martirios,
 mis delirios
 aumentando,
 enseñadme á amar cantando.

Y tú, que siempre hermosa
 vuelas sin duelo,
 ¿por qué, conmigo amorosa,
 no me inspiras, mariposa,
 pues lo anhelo
 con ardor,
 el amor
 que te alienta
 y tu júbilo alimenta?

Sol hermoso, brillante,
 que siempre amigo
 nos alumbras, y aun amante
 si al ver tu faz rutilante

te bendigo,
 ¿por qué, di,
 sol, en mí,
 pues te ruego,
 no viertes de amor el fuego!

Cantaba así la doncella,
 y á interrumpirla llegó
 en un alazan brioso
 un bien apuesto garzon.
 Es cuanto ilustre gallardo;
 y en lides cien, de valor
 pruebas ha dado, y renombre
 de intrépido se adquirió.

Detiéndose á contemplar
 á la doncella, que al sol
 envidia da su hermosura,
 pues otra igual no alumbró.
 Si él con asombro la mira,
 ya prisionero de amor,
 ella, á quien parece hermoso,
 le ve con admiracion.
 Sin pestañar la contempla;
 ella, cediendo al pudor,
 los ojos baja; mas luego,
 latiéndole el corazon,
 vuelve á fijarlos en él,
 que estático se quedó.
 Suspira el garzon; la bella
 del suspiro de él en pos
 exhala ardiente suspiro
 que hasta el alma penetró
 del paladin, que el silencio
 rompe, con tímida voz
 diciendo así á la doncella,
 que le oye con atencion.

—Si no eres una deidad
 que del Cielo descendió
 para que rinda á tus piés

alma, vida y corazon,
dime quién eres ¡oh bella!
que si me falta valor
para hablarte, asaz me sobra
para idolatrarte amor.—

La doncella con sonrojo
al paladin respondió.
—No soy deidad cual pensais:
una labradora soy
si, como habeis dicho, hermosa,
pobre y de humilde estraccion.
Criada en el campo, nunca
el fausto y el esplendor
conocí, que en las ciudades
diz que tan comunes son.
Nada he visto, nada sé;
y vos el primero sois
que á hablarme de amores vino,
é ignoro lo que es amor.
—Pues cuanto hermosa, discreta
eres, haré, vive Dios,
si mi promesa no esquivas,
que entre el fausto, el esplendor,
y los placeres, te acaten,
te rindan veneracion.
—Soy plebeya.

—Yo te haré
noble, pues ilustre soy.
—¡Me haréis noble!
—Ya lo he dicho.

—¡Seré rica?
—Como yo.
—¡Y me enseñaréis á amar?
—Amándote con pasion
estremada.

—¡Y si mi padre...
Venid... Irémos los dos...
Venid...
—¡Adónde?

—A mi casa.
—Es escusado... Mejor...
será...
—Está cerca. Venid...
Seguidme. Diréisle vos
que me amais.
—Espera... Atiende...
—¡No venis?
—Oye.
—Allá voy...
¡Qué mandais?
—Aquí, á la grupa
irás mas cómoda.
—No...
—Vamos, ven...
—Yo... Pero... Si...
—Desde esta riba...
—¡Y si doy
en tierra?
—No. Ven... Delante
irás más segura.
—¡Amor,
á tí me entrego!...
—Ven... Salta...
¡Cómo pesas!... Vaya.
—Soy
la mas dichosa...
—¡Estás bien?
—Esperad... Ahora... ¡Ay Dios!...
—¡Qué tienes? Dí: ¡por qué tiembas?
—Sujetadme.
—Ten valor.
—Partamos... No... Por allí...
—¡Cómo te llamas?
—Leonor.
Volved... Por allí... ¡Ay, ay!...
¡Adónde vamos, señor?
¡No respondeis!... ¡Ay! Decidme:
¡á dó vamos?

—A Leon.

—¡Ay! . . . ¡Soltadme!

—No lo esperes.

—¡Soltadme!

—He dicho que no.—

Y al sentir la aguda espuela
partió á galope el bridon.

II.

DESENGAÑO TARDIO.

Pasó el bullicioso dia,
la noche tambien pasó,
á ser de noche tornó,
y Leonor no parecia.

Sus viejos padres en duelo
se deshacian: su hermano
buscado la habia en vano
con amargo desconsuelo.

Que ausente de su ternura
la que ídolo de ellos era,
no es extraño que estuviera
léjos de ellos la ventura.

Mas sus clamores el viento
se llevaba, que no oia
la que la culpa tenia
de su incesante tormento.—

La vida diera,—esclamaba
el viejo,—por verte, ¡ay triste!
¡Por qué de mi lado huiste
sabiendo que te adoraba?

¡Qué con el alma te adoro! . . .
¡Con toda el alma! . . . Leonor,
vuelve á calmar mi dolor. . .
¡Ven, mi perdido tesoro! . . .

Contigo huyó mi contento. . .
¡Leonor! ¡Leonor! . . . ¡Desdichado!
Tú por el ser que te he dado

me das acerbo tormento.

¡Y no he de volver á verte! . . .
¡Hija adorada! . . . ¡Ay de mí! . . .
Quizá del ser que te dí
te privó temprana muerte.—

Sin dar tregua á su agonía,
pasó el florido verano,
y pasó el invierno cano,
y Leonor no parecia.

En el centro de Leon,
entre todas, descollaba
una casa que abrigaba
el lujo y la ostentacion.

Si pobre en arquitectura,
era rica en el ajuar;
rica en oro, y á la par
rica en blason y pintura.

Dueñas, pajes, escuderos,
ora entraban y salian,
ora á servir acudian
á damas y caballeros.

Que en tan espléndida estancia
del boato y la riqueza,
la más ilustre nobleza
daba cebo á su arrogancia.

Y como amigos del dueño
se finjian casi todos,
para agradecerle, mil modos
empleaban con empeño.

Él, que poderoso, urbano,
cuanto liberal, gustaba
de la ostentacion, se daba
ínfulas de soberano.

Y daba continuamente
convites y otras funciones,
que en gozo los corazones
embriagaban dulcemente.

Esto, y más, á la sazón

acontecía, reinando
el segundo don Fernando,
de feliz recordación.

Solo entre tanto solaz
triste una jóven hermosa,
ni descansa, ni reposa,
que huyó de su alma la paz.

¡Ay que cuando cantan llora,
y cuando rien también!
Se inmuta cuando la ven,
y á quien la desprecia adora.

Que ebrio asaz de placeres
quien adorarla juró,
el amor, que la usurpó,
prodiga ya á otras mujeres.

Obséquiala, sin embargo,
como si princesa fuera.
Pero ni en tan alta esfera
se calma su duelo amargo.

¿De qué la inútil riqueza
la sirve, ni el lujo necio
si ya la ve con desprecio
quien la amaba con ternera?

Si á otra hermosura quizá
adora más fortunada,
¿cómo su cuita estremada
lanzar del pecho podrá?

Si los zelos fuentes son
que brotan letal veneno,
que se introduce en el seno,
y devora el corazón;

Si atizan la ardiente llama
del amor menos ardiente,
¿cómo amará indiferente
la que fiel con zelos ama?

Y como su amor escede
de su adorado al desden,
por eso triste la ven,

que estar alegre no puede.

Por eso la sociedad
y los placeres desdeña. . .
Por eso jime, y no es dueña,
de reprimir su ansiedad.

Pero bendice su amor,
y á quien la ofende bendice,
que noble cuanto infelice,
rechaza su alma el rencor.

Ni vierte ya amargo llanto,
que, poderosa y activa,
de derramarle la priva
la fuerza de su quebranto.

En extremo cavilosa
se ha quedado, reclinada
en un sillón, y apoyada
la frente en su mano hermosa.

—“¡Perjuro!”—con voz confusa
esclama; y al punto suena
otra voz, que el cuarto atruena:—
“¿Quién de perjuro me acusa?”—

Esto pregunta el amado
de la esquivada belleza,
que le mira con ternera,
si él la mira con enfado.

Mas, su enojo reprimiendo,
de ella asentándose en frente,
con risueño continente,
la dice así, amor finjiendo.

—¿Tan triste, hermosa? . . .

¿Qué tienes? Habla. . .

¿Qué mal te aqueja?

Dímelo, amada. . .

—¿Tú lo preguntas?

—Tus penas calma,
que dicha inmensa
desde hoy te aguarda.

Dispon, mi dueño,
dispon tu marcha

porque es preciso
partir mañana
antes que brille
la luz del alba.

—¡Partir! . . . ¡Adónde?

—Cerca. A Simancas.

—¡Tan léjos!

—Oye.

Tengo allí casa,
bella, espaciosa . . .
Dueñas, y damas,
y pajecillos,
con eficacia
servirte en todo
sabrán . . .

—¡Cuitada! . . .

—Tranquila, alegre,
y respetada,
la vida en ella
seráte grata.

Disponte, hermosa . . .

—Si me acompañas
seré felice,
si no . . .

—¡Qué parlas! . . .

Jamas; . . . no puedo . . .
Pues lo ignorabas,
sabe . . . Ya es hora
de hablar . . .

—Acaba.

—Ya es tiempo . . .

—Poncio,

¿qué te acobarda?

—Oye . . . Ya es tiempo
que sepas . . .

—¡Habla!

—Pues bien. Escucha . . .

Con otra . . . dama,
rica y hermosa,

de alta prosapia,
casarme debo . . .

—¡Qué oigo!

—Sin falta.

—¡Qué dices, Poncio? . . .
No; tú me engañas,
pues no es posible
que infamia tanta
tu pecho abrigue . . .

—¡De eso te espantas?

—¡Poncio!

—¡Inocente! . . .

Mi honor reclama . . .

—Tu honor exige,
tu honor te manda
que cumplas, Poncio,
la fe jurada.

Tu honor te ordena
que pura, intacta,
conserves siempre
tu antigua fama.

¿Qué se diría
de tu inconstancia
si injustamente
me rechazáras
para enlazarte
con otra dama? . . .

—¡Y quién tan necio! . . .

—¡Qué se pensara
de tí, si falso
me repudiáras,
cuando vilmente
por tí ultrajada
todos me viesen,
después que incauta
mi honor, mi dicha
rendí á tus plantas?
Cuando descubran
que fui engañada